

la estepa florecida

María Mascheroni



poesía

no había visto antes
ningún pájaro de vuelo terminado para entenderlo
¿cómo lo supe?
quieto más quieto echado de espaldas como ningún animal
así nomás para nada un pájaro no se queda inmóvil
ni apoya su espalda en la tierra

¿tienen espalda los pájaros?

las cucarachas sólo están de espaldas cuando les quedan pocos
recursos para vivir

antes mucho antes tuve delante de mí esta visión:
le arrojábamos piedras desde lejos
en esas circunstancias cualquier movimiento
un rumor darían cuenta advertirían
que la muerte continúa su trabajo
interminable sol poniente en una fotografía

¿qué quiere saber de la muerte del pájaro?

así mi padre se posaba cada día en el mundo
encogido de espaldas de costado
no está muerto decíamos para los adentros cada vez
cuando en la piel el escozor se anunciaba

¿que cómo lo sé?

así lo sabíamos

lo sé porque cada tarde capturada la respiración por su imagen quieta

temiendo que lo peor sucediera a su alma cada tarde
cruzábamos la distancia que nos separa de su boca
y nuevamente -alivio impropio- su flaco aliento

a mi paso un pequeño pájaro echado
de espaldas en el suelo con las patas encogidas

abre una grieta entre pecho y cielo

no dudé cuando lo vi sé que estaba muerto

¿cómo lo supe?

la postura del pájaro la postura de mi padre

hermanadas caminan ante mis ojos que extraviados

en los asuntos de la muerte comienzan a despuntar la vieja tonadilla:

sólo los hombres permanecen inmóviles innumerables días con sus noches

y quieren vivir

algo delicado sucede en la casa del padre

aún así septiembre llega sin miramientos

y las flores muestran su obligada manera de nacer

a los habitantes que duermen

recostados en el ojo de la calma

como si nada se hubiera interpuesto ante el sol

ahora algunos preguntaron

¿qué clase de hombre era éste?

y yo yo quise enterrar un pájaro

uno que se abrazó a un madero dije

un vuelo en la desafortada foraminífera bóveda terrestre

que quise enterrarlo no contesta la pregunta

al hombre (padre también en sus jornadas) le resta el fiel

y el madero a la deriva

quiero enterrar al pájaro dije boquiabierta

como un garfio como un tendón que ansía la conquista

así arrincono la inmóvil deriva de mi padre

así lo llamo a veces

preguntan por la clase a que el hombre pertenece

¿por qué ahora entierro a un pájaro y dejo una piedra en el camino?

si algunos preguntaron era que sus párpados eran el pájaro muerto

¿quién cerró sus ojos cuando sus patas se plegaron

y se separó del cielo?

mi padre esa clase de hombre se unió al firmamento con los ojos ya cerrados

- aquel que no tiene sumisión no gobierna su alma –

yo mi padre cerrada la puerta para que daño alguno ocurriera

aunque el hombre volara violento después

que no fue enterrado

no todo es pájaro en este cuento
hubo otros muertos los habrá

si miro hacia la izquierda
las aves dejadas en nuestros hombros no alejan la desdicha
vamos a posarnos ahora en donde faltan las cruces
que amanece aún es tiempo de hundirse
y seguimos tumbados

esta generación canta el recuerdo del látigo con voz ahíta
mira con extremidades cabrías y mustias
cómo la oscuridad se levanta en la aurora fácilmente dañada de sus sueños

y la cabeza es perforada con el pico esta mañana
y la brecha es suficiente para encontrar en la precisa circunvalación
adentro la torcaza o el zorzal
para desbaratar el nido ardiente que quiere emprender vuelo
(¿eso es morir?)
artillería pesada operación grillete a la pata que todos conocemos
enmiendas traducciones y costuras
todo eso todo eso sólo para volver a comenzar
entre tumores y milagros
la inveterada la empeñosa vida

es como no haber aprendido nada
encolumnados de este modo en las desapariciones
violentos y vedados vástagos crecen por doquier
dejan su semilla aún entre las piedras y la arena
y cómo tratar tanta insolencia y bravura

es la narración que no termina
sin maestros en esta historia de hijos cansados

sólo un pequeñísimo pájaro en lugar del paso próximo
extinto cantando para sí
como los nuestros

a pesar de todos los esfuerzos esto se termina por sequía y decisión
los cascos avanzan sin descanso en dirección contraria a los acontecimientos
al compás del río que pasa llevando lo matado

-que no es morir lo que ellos hacen con los nuestros-
con los dedos en pinza intento atrapar lo que el agua se lleva tan fácil
llegan a la orilla las cicatrices mudas
y allí nos recostamos

hasta que algo algo encaje por favor

llegados aquí

dijimos: bueno, ¿cómo hemos llegado?

separado roto a más no poder

pero no no fue eso

aquí

¿cómo hemos llegado?

la cabeza inflamada atestada

corroída de tumor y comentarios

aquí estás otra vez

yo he bebido también de esa copa

y no estaremos preparados

y ahora que sé cómo viene

ahora que no sabemos más

-eso es vivir, contiene las partidas-

dime ¿cómo hemos llegado?

ahora que sé ¿qué más?

corre todavía

el chico en la gallina degollada

sus manos le piden exterminio y no acierta a detenerlas

hasta el séptimo golpe en el riñón recién llegado

corre otra vez

 cree que el padre lo mira

 cree que va a quererlo

la violencia cada vez le revuelca las tripas

cacarea entre sus manos hasta que su sexo se levanta

misil que lo lleva desalmado por los corredores vacíos

a campo traviesa

 entre las zanjas

buscando un dios

¿significa eso algo?

desasosegado ante la gota que va a desprenderse

pronta colisión del agua con el agua entre los racimos

un hombre deja repentinamente su oficio

agarra al niño y al morral

veo sus ojos vaciados de historia desconocer el puño en alto

no va a detenerse pienso en el río

no va a detenerse

muchas estaciones pasaron antes del crepúsculo
hasta que los palos se secaron y cayeron exhaustos
en los bebederos vacíos

los animales ahora abreven las zanjas oscuras y el cielo
y ella ya no busca entre los atados de cartas amor
ni entre los hombres
guarda para su costumbre
una distancia igual a la del brazo que la aparta al proteger
clava la mirada en la imagen del camino que la espera
-madre y padre cada uno a una vera del exilio-

la bella vejez

hoy tengo un buen día dice
y mira las flores con la punta de los dedos
se cerciora
día a día se cuentan ahora los días de su vida
roza las flores
decide recomenzar con las orquídeas
mientras me cuenta
un interruptor celeste ordena como puede
la partitura inicial de la mañana
olvida que sus ojos no
-la mano o incluso mi relato verán más-
y la escena de pétalos carnosos desata la visión
milagro otra vez entre las ramas negras
detrás de las ramas negras

mi madre tiene hoy un buen día
ochenta y tres años
y un hilo de colores variados
con el que enhebra diaria y delicadamente
su coronilla a los instantes
- alegría de cada siesta en el relámpago-
si dios quiere

yo sólo atino a declinar mi infancia
y alzo las flores ante ella con alegría
como si el abrigo no acabara nunca

quiero hablarte del frío
escarchó los vidrios de nuestras habitaciones
y el calor demora en extinguirse así amarrado como está
alcohol e intenciones indulgentes
esa calidez amable nos parece bastante:
la sangre sigue circulando Jerome
se encarama a las mejores ilusiones, nos recuesta
por las noches ya más calma

la escarcha Jerome

pero las alacenas aún respiran y los motores y el pájaro posado
en el invierno los perros bravos
respiramos
hace frío o tesón
- teme todavía lo peor - no hay motivo a la vista

¿conozco el peligro de tu edad?
los años de tu poema son mayores más extensos que tu vida
traen vagones y vagones de prisioneros sin combate
ninguna resignación sólo miedo
aúllan por tus versos los trenes de la muerte
entonando la canción más bella que escuchara
en medio de la escarcha
irresistible

duele la respiración Jerome
duele la respiración en nuestros navíos en los libros abiertos
en los besos

¿qué hacemos aquí Jerome matando mientras crece la mañana?

el sol toca suave la maleza disuelve los cristales sobre la grava

y nos repite ¿ruega?

alcen los ojos tomen una raíz del cielo que engendraron

y preparen alimento

algo que pueda bautizarse con amor

esa palabra de la boca

mientras leo al poeta Jerome Rothenberg

las amigas caminan por la arena con la inquietud recostada
en la hospitalidad del mar
el peso de sus vestidos lo delata
azorados, azules y azares revolotean a su paso

trazan el camino a seguir opuesto a la fatiga,
la piel rasada empuja como un faro cada meta hacia la huella
cosida a las pisadas a su estela

la reunión habla de viajes por hacer
pido ron hierbabuena trago
hace bien el alcohol bajando las amigas en el frío
recuerdo siquiera la muerte ni nada ha cortado
el hilo que se corta

hemos preferido la conversación junto al fuego
la luz en cicatriz la ropa blanca

vamos por más repiten con la boca cortada
entre las olas, al sur
a lo más alto vamos a juntar hongos para el viaje futuro
a reunir
armas amiantos

albuces



María Mascheroni. Buenos Aires, Argentina, 1958. Poeta, psicoanalista, editora.

Publicó: *La inevitable curva* (Botella al mar, 1997); *Impaciencia de la sed* (tsé-tsé, 2001); *Jardín* (tsé-tsé, 2004); *El cansancio de los hijos* (Hilos editora, 2011) que en 2015 recibió el Segundo Premio Municipal; *Hierba sobre el mundo castigado. Colectivo poético involuntario* en coautoría con Teresa Arijón (Hilos editora, 2017); *Blues de las almas inquietas* (Hilos editora, 2021); *Hoy no hay tiempo para la eternidad* (Hilos editora, 2024).

Estuvo a su cuidado la investigación y posterior edición de la **Obra poética** de **Celia Gourinski**, *En ocasión de la aparición de un cometa* (Hilos editora, 2022). Integra el Consejo editor de *Hilos editora* desde su fundación en 2010. Y está al cuidado de la imagen editorial y el arte de tapa.

Coordina los talleres de pensamiento, investigación y acción poética *Martes intenso*.

